

Semblanza biográfica

JUAN JOSÉ MARTINENA*

Don Florencio Idoate Iragui nació en Oricáin el 27 de octubre de 1912, el año del centenario de la batalla de las Navas de Tolosa, como a él le gustaba recordar a menudo. En cuanto a su lugar de origen, siempre tuvo a gala el ser natural de un pequeño pueblo de la Cuenca de Pamplona, zona que aparece delimitada con bastante precisión nada menos que en el Fuero de Navarra y a cuyos naturales se les atribuye tradicionalmente una serie de cualidades, no todas positivas, respecto a alguna de las cuales le oí reclamar más de una vez una justa vindicación.

Cursó primeramente la carrera de Magisterio, y ejerció como maestro nacional en Irurzun durante algún tiempo. De esta época solía contar numerosas anécdotas que le ocurrieron. De entrada, dado lo exiguo de la remuneración que por entonces percibían los sufridos profesionales de la enseñanza, tuvo que hospedarse en casa del párroco de Izurdiaga donde, previo pacto y ajuste con el ama del cura, logró obtener una modesta economía en el gasto diario del hospedaje. Y desde allí, por la carretera que comunica ambos pueblos, tenía que desplazarse cada mañana en bicicleta hasta la escuela donde prestaba sus servicios.

Más tarde, en 1947, obtuvo una plaza de oficial en el Archivo General de Navarra, que a la sazón dirigía el tudelano don José Ramón Castro Álava, del que fue colaborador durante casi veinte años, mientras preparaba distintos trabajos y publicaciones. El horario laboral que entonces regía para los funcionarios le permitió continuar con la docencia, que ejerció durante muchos años en el colegio de los PP. Escolapios de Pamplona, como profesor de Geografía e Historia. Por entonces cursó los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza.

Paralelamente a su labor en el Archivo y en la enseñanza, Idoate desarrolló también con singular acierto la divulgación histórica, a través de los amenos y bien documentados artículos que escribía con asiduidad en las páginas de *El Pensamiento Navarro*, aquel entrañable periódico carlista que desaparecería en 1981. Posteriormente, y con buen criterio, decidió reunir aquellos

* Jefe del Archivo General de Navarra. Académico correspondiente de la R.A. de la Historia.

trabajos tan variados como de fácil y amena lectura, y los publicó en la que tal vez sea su obra más conocida a nivel popular, los *Rincones de la Historia de Navarra*, cuyos tres volúmenes aparecieron en su primera edición entre los años 1954 y 1966. Posteriormente han sido reeditados en dos ocasiones. De esta obra dijo Manuel Iribarren que “nos da a conocer aspectos interesantes y poco divulgados de nuestra pequeña historia, con un estilo personal, sencillo y docto a la vez, amenizado por la sorna filosófica de su autor”. Ciertamente, se puede decir que su prosa no está exenta de un cierto sentido del humor, y a veces de una sutil ironía.

En 1966 Idoate sucedió a don José Ramón Castro en la jefatura del Archivo General de Navarra. En este nuevo puesto le tocó en primer lugar continuar la publicación del *Catálogo de la Sección de Comptos*, iniciada por su antecesor en 1952, y que en el momento de la jubilación de Castro había llegado al tomo XXXVI. Desde 1965, sin haber recibido aún el nombramiento, hasta la conclusión de la obra en 1974, publicó en total 17 tomos, incluidos los dos dedicados a los registros y el de los Cartularios Reales. El catálogo ha merecido elogios de los más prestigiosos historiadores. Al año siguiente de su nombramiento de Archivero Jefe, recibió el de Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

A raíz de la jubilación de don José Esteban Uranga como director de la Institución Príncipe de Viana en 1973, la Diputación pensó en don Florencio para ese puesto, entonces todavía vitalicio, y de mayor rango y remuneración que la jefatura del Archivo. Sin embargo, en un verdadero alarde de vocación y profesionalidad, Idoate declinó aceptar el nombramiento si éste llevaba consigo el tener que dejar el Archivo. De modo que se fue a ver a don Amadeo Marco y le dijo que agradecía el honor y la confianza que ello suponía, pero que su puesto estaba entre sus queridos papeles y pergaminos, a los que tantas horas había dedicado. El Vicepresidente –entonces la presidencia de la corporación la ostentaba “de iure” el Gobernador Civil– supo valorar aquella actitud tan desinteresada como infrecuente, y poco después un acuerdo de la Diputación le otorgó la categoría de Director a título personal, manteniéndole el puesto y las funciones de Archivero.

Ya en plena madurez, se animó a realizar el doctorado, grado que obtuvo en 1977 con una interesante y documentada tesis sobre la Comunidad del Valle de Roncal, que fue publicada por la Diputación Foral.

En 1982, al haber cumplido la edad reglamentaria, se jubiló como Director del Archivo, sin que en aquel momento se le hubiera hecho ningún homenaje, salvo el que con carácter íntimo le ofrecimos en su despedida los funcionarios que hasta entonces habíamos trabajado bajo su dirección. Una vez jubilado, todavía llegó a venir como usuario durante algún tiempo, hasta que la falta de salud le incapacitó para seguir adelante con algunos trabajos de investigación que, según me dijo, tenía pendientes de elaborar y dar a la imprenta; entre ellos, un posible cuarto tomo de los *Rincones*.

Como historiador, se puede decir de él que en sus libros, artículos y demás publicaciones ha tocado una gran variedad de temas y aspectos, muchos de ellos desconocidos o apenas estudiados, y ha abarcado todas las épocas de la historia de Navarra. Especialmente apasionado por los asuntos relacionados con la brujería, le dedicó numerosos artículos, comunicaciones y confe-

rencias y, sobre todo, un libro imprescindible sobre esta materia, que aporta un importante elenco documental, hasta entonces inédito.

Como archivero, aparte del *Catálogo de la Sección de Comptos*, al que ya hemos hecho referencia, publicó otros catálogos e inventarios, como el de la Sección de Guerra, y dio a conocer en sucesivas transcripciones piezas singulares de la valiosa documentación que guarda el Archivo General de Navarra, entre ellas el famoso códice de la Coronación de los Reyes. También, entre otras cosas que se podrían añadir en su hoja de servicios, hay que decir que a él se debe la creación de la sección del Archivo de Protocolos, mediante la incorporación de los fondos notariales de los siglos XVI al XIX, de los distritos de Pamplona, Aoiz, Estella y Tafalla, ya que muy a pesar suyo los del distrito de Tudela se quedaron en dicha ciudad.

Idoate, como tantos otros navarros merecedores de figurar en la Gran Enciclopedia de Navarra, no aparece en ella, debido a la circunstancia de que a pesar de su edad avanzada y sus achaques en 1990 seguía habitando el mundo de los vivos, lo cual constituyó en su día motivo de exclusión para poder tener un lugar en el amplio repertorio de biografías que contiene la magna obra. Por el contrario y curiosamente, sí figura en la Enciclopedia Auñamendi, que le dedicó una voz, en la que junto a un breve bosquejo biográfico y una amplia selección de su producción bibliográfica se incluye el siguiente juicio crítico: “La obra escrita del archivero Idoate es ingente, abarcando diversos temas y épocas, menudeando en recogida de materiales sumamente valiosos, no sólo desde el estricto punto de vista histórico, sino desde el antropológico e idiomático”. Y José María Corella, en su *Historia de la literatura navarra*, añade que “en sus numerosos trabajos ha sabido divulgar con sabrosa amenidad aspectos interesantes y poco conocidos de la Historia de Navarra”.

Por mi parte, únicamente puedo añadir que, cuando en 1997 publiqué la nueva *Guía del Archivo*, incluí en ella esta sentida dedicatoria impresa: “A don Florencio Idoate Iragui, mi antecesor, con quien Navarra tiene contraída una deuda de gratitud”. Hoy, afortunadamente, al fin se le hace este merecido homenaje, que era de estricta justicia, y al que me ha sido muy grato sumarme por medio de estas modestas líneas, como amigo, compañero, sucesor y en cierto modo también discípulo. Desgraciadamente, hacía ya años que el homenajeado, por su estado de salud, no estaba en situación de poder alegrarse con ocasión de este reconocimiento. Y ahora, por esas ironías de la vida, cuando esta publicación estaba a punto de salir, el 17 de octubre de este año 2001, se ha producido la triste noticia de su fallecimiento. ¿Por qué será que estas cosas suelen llegar tantas veces cuando es ya, tal vez, un poco tarde?